

LOS LÍMITES DE LA AMBICIÓN. LAS PUERTAS DEL CAMPO

Jaime PERALES GARAT



El sueño de volar



N el mar Egeo, rodeada de laderas verdes y escarpadas que contrastan con sus estériles rocas, existe una isla, con cumbres que alcanzan los mil metros, donde se produce un vino fuerte y cuyos habitantes son de los más longevos del mundo, con una esperanza de vida de 90 años. De verdes paisajes y habitada por cabras y pequeños animales silvestres, con un agradable clima mediterráneo, Icaria parece no ser consciente de su tumultuoso pasado.

Cercana a Samos, la isla que vio nacer a Pitágoras, perteneció a turcos y griegos, e incluso fue independiente. Pero es su nombre lo que debe llamar la atención del lector, que a estas alturas no sabe si lee una guía turística o un artículo relacionado con su título.

Porque es precisamente el nombre de esta isla lo que la relaciona con la ambición, ya que fue el mismo Dédalo el que, según la mitología griega, la bautizó cuando enterró a su hijo Ícaro, que cayó al mar y murió ahogado al querer volar más alto de lo que le permitían las alas de cera que había inventado su padre para escapar del laberinto del minotauro.

Se dice que el arquitecto e inventor que dio nombre a nuestro viejo portaa-viones y que vivía en Atenas aprendió su arte de la misma diosa Atenea y que inventó naves que navegaban bajo el mar (aunque los lectores saben bien que fue Isaac Peral el verdadero artífice de dicho invento).

Dédalo se casó con una mujer de Creta de nombre Ariadna, y fue allí a donde huyó tras matar a su sobrino Talos, discípulo tan avezado que cuando imaginaba distintos mecanismos para volar provocaba en Dédalo una envidia enfermiza.

En Creta, el rey Minos los recibió muy amistosamente y les encargó muchos trabajos. El más famoso fue la construcción de un laberinto donde el



Icaria.

rey quería encerrar al Minotauro —el hijo, mitad hombre y mitad toro, de su esposa la reina y el toro del que ella se había enamorado— como castigo por tal ofensa. El tramposo Minos, para que nadie supiera salir del laberinto, encerró también allí a Dédalo y a su hijo Ícaro.

En fin, se ve que la ambición, la envidia, el engaño y posiblemente unos cuantos ingredientes más serían una mezcla perfecta para formar una exquisita tragedia griega.

Lo que nos contaron nuestros mayores... y parecemos olvidar

La ambición puede considerarse una virtud o un defecto. Cuando se habla de la «búsqueda de la excelencia», el *level of ambition* o expresiones parecidas, instintivamente se produce un ardiente deseo de alcanzar esa perfección.

Sin embargo, cuando uno investiga lo que ya nos contaron nuestros antepasados sobre la ambición, encuentra frases tan contrapuestas a nuestro deseo como las siguientes:

- «En el desprecio de la ambición se encuentra uno de los principios esenciales de la felicidad sobre la tierra». Voltaire.
- «El hombre puede trepar hasta las cumbres más altas, pero no puede vivir allí mucho tiempo». George Bernard Shaw.
- «Quien se eleva demasiado cerca del Sol con alas de oro las funde». William Shakespeare.
- «Engarza en oro las alas del pájaro y nunca más volará al cielo». Rabindranath Tagore.
- «Buscad lo suficiente, buscad lo que basta. Y no queráis más. Lo que pasa de ahí, es agobio, no alivio; apesadumbra en vez de levantar». San Agustín.
- «Quien mucho abarca poco aprieta». Refrán.

Pero también hay citas que califican la ambición de virtud o al menos de herramienta útil para alcanzarla:

- «Quien se empeña en pegarle una pedrada a la luna no lo conseguirá, pero terminará sabiendo manejar la honda». Proverbio árabe.
- «La ambición es un vicio, pero puede ser madre de la virtud». Quintiliano.
- «La ambición jamás se detiene, ni siquiera en la cima de la grandeza». Napoleón Bonaparte.

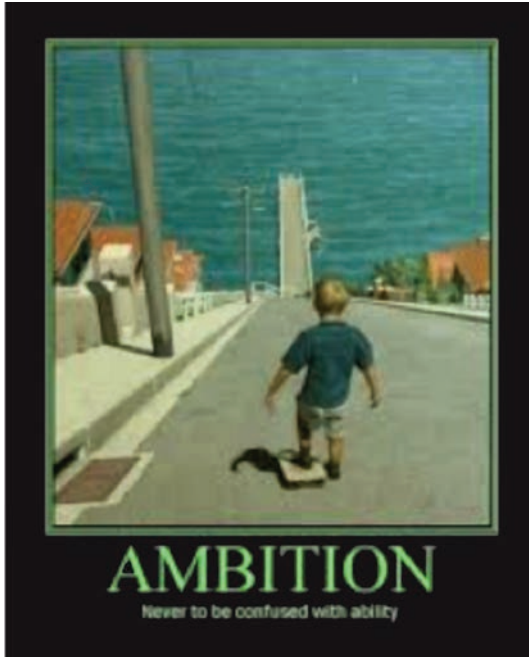
Dadas las aserciones expuestas, parece necesario reflexionar sobre la forma de equilibrar el legítimo deseo de avanzar con un lógico y prudente realismo que nos haga poner los pies en la tierra.

Del realismo que utilicemos en reflexionar sobre el nivel en que fijamos nuestra meta, dependerá el éxito que finalmente alcancemos. Así podremos conservar nuestras alas. Y volar.

La ambición en la Armada. Un posible análisis

Para alcanzar el siempre deseado enfoque global, les propongo aislar las distintas facetas a las que creo que hay que poner límites, para que, una vez analizadas todas, podamos integrarlas y lograr nuestra «situación final deseada», que bien podría ser la siguiente:

La Armada cuenta con un personal motivado y formado, capaz de operar y mantener sus unidades con un alto grado de fiabilidad, con un nivel de actividad que le permite, con un esfuerzo sostenible, alcanzar y conservar un nivel de adiestramiento apropiado para enfrentar las posibles amenazas.



La situación final deseada que propongo es tan amplia que en cada área habría que hacer un análisis particular exhaustivo. No obstante, y aunque el lector crea esto necesario, me limitaré a «buscar lo suficiente» —como decía San Agustín—, con la única intención de despertar el interés del que vea algo aprovechable en este estudio.

Puede parecer algo «ambicioso» (¡vaya!) analizar la situación final deseada (SFD) sin correr el riesgo de ir a parar al mar de Icaria. Pero, dado el valor que se me supone y la osadía que me ha llevado a subrayar lo que he considerado más importante de la por mí inventada SFD, me atreveré a hacer un exa-

men de los puntos que he considerado claves para definir nuestro nivel de ambición.

Personal formado y motivado

La formación y motivación deben ir de la mano. Cuando la formación que uno recibe la aplica con éxito en su futuro profesional, no cabe duda que se sentirá satisfecho de su trabajo. Por el contrario, si cuando se enfrenta con su trabajo y aprecia que lo aprendido no tiene que ver con lo que se le exige, el sentimiento es más bien de frustración. Es injusto —e improductivo— formar a alguien como panadero y luego pedirle que pilote un avión. Y para el individuo es muy decepcionante descubrir que no sabe ejercer su misión.

La Armada cuenta con unas escuelas de especialistas en las que se pueden ofrecer los conocimientos y habilidades necesarios para enfrentarse a los futuros cometidos del personal. Es ahí donde se produce la primera formación, y donde está el primer germen de la satisfacción profesional. De la buena definición de los programas y del buen aprovechamiento del tiempo y de las instalaciones dependen en buena medida no solo la formación, sino también la motivación del personal.

Una ventaja de la Armada es que existen muchas opciones para desarrollar actividades diferentes si uno no se encuentra a gusto con lo que ha elegido. En este sentido, es necesario considerar qué factores de índole profesional o personal son motivadores, ya que hay ocasiones en la carrera del marino en que ve cerradas las puertas de su proyección profesional, y en esos momentos procura llamar a otras que le supongan otros alicientes. Y poniéndolo todo en la balanza, se da el caso de que, aun no estando en el perfil de carrera que hubiese deseado, se encuentra satisfecho y motivado y desarrolla su trabajo con entusiasmo.



(Foto: www.armada.mde.es).

Operación y mantenimiento

Está claro que lo más vistoso y entretenido que se realiza en la Armada es emplear los modernísimos sistemas que España pone en manos de sus dotaciones. Es por tanto lógico el deseo, sobre todo a edades tempranas, de tratar de disfrutar de la operación de los equipos, lo que, por otra parte, proporciona una experiencia que será fundamental en el futuro.

Pero esa operación debe ser realizada en sistemas que gocen de la fiabilidad que da un buen mantenimiento, porque de lo contrario se obtienen resultados perniciosos.

Por supuesto, lo peor de la falta de fiabilidad de un equipo es el hecho en sí de que esté averiado y cómo limita las capacidades de la Armada. Pero existe un daño colateral que perdura en el tiempo y que está muy relacionado con el primer punto: la frustración.

Aunque actualmente ya no es necesario descorchar champán tras un ejercicio de artillería, pocas situaciones hay más motivadoras que un tiro bien ejecutado. Pero, de la misma manera, nada más frustrante que un silencio sepulcral tras el entusiasta grito de ¡fuego!



Por tanto, del apoyo en el mantenimiento y de la formación de los mantenedores se van a conseguir grandes beneficios.

Así vemos que los diferentes «compartimentos» de la SFD no son estancos, sino que se comunican unos con otros, pudiéndose vaciar el «tanque» de la motivación por un poro en el del mantenimiento, que va rellenando el de la «frustración».

Esfuerzo sostenible

Hay muchos sacrificios personales que uno afronta durante sus años de servicio: la actividad operativa; la movilidad geográfica, agravada por la incertidumbre de dónde se va a estar en el futuro inmediato; la limitación en las posibilidades de trabajo de la pareja en la misma localidad; la renuncia a tener dos sueldos y, por tanto, disponer de unos ingresos limitados, y un largo etcétera, todo lo cual se realiza con alegría durante un tiempo. Pero no todos los miembros de la Armada, ni de forma permanente, aguantan el esfuerzo con un rendimiento apropiado, sin una cierta gratificación.

Hay muchas medidas encaminadas a facilitar la conciliación familiar, pero es un campo este en que merece la pena pararse a meditar sobre cuáles pueden acometerse, sin miedo a tomar algunas que puedan parecer un poco revolucio-



(Foto: www.armada.mde.es).

narias, como explorar posibilidades de trabajo a distancia, asignación de destinos en determinadas zonas geográficas para ofrecer la posibilidad de pasar un tiempo importante de la carrera cercano al área familiar, métodos de asignación de destinos en el extranjero, que colaborarán sin duda a que llevemos con alegría nuestra carga de trabajo sin que el peso nos derrumbe.

Posibles amenazas. Amenazas posibles... e imposibles

Tras la Primera Guerra Mundial, excombatientes australianos y veteranos británicos se afincaron en las inmensas llanuras de Australia occidental para dedicarse a cultivar la tierra.

Pero en su difícil tarea los nuevos granjeros encontraron una amenaza inesperada: el emú. Un ejército de 20.000 ejemplares campaba a sus anchas por los campos de cultivo picoteando lo poco que crecía en la tierra. Los excombatientes solicitaron auxilio al gobierno, y se decidió desplegar ametralladoras en su territorio para enfrentarse al nuevo enemigo. Se mandó al ejército y así empezó la «campana del emú».

Las fuerzas enfrentadas eran, por un lado, 20.000 «pájaros». Por otro, un comandante y dos soldados con ametralladoras Lewis.

El comandante Meredith, en su primer informe, explicó que sus hombres no habían sufrido bajas, pero que sus tácticas eran ineficientes. Ni con embos-



cadavres ni con el gasto de 2.500 cartuchos se logró abatir a más de 300 emús.

La contienda duró más de un mes. El «enemigo» sufrió 986 bajas, se gastaron unos 10.000 cartuchos, y al final de la campaña, el ministro de Defensa ordenó la retirada, reconociendo la victoria de los emús sobre el ejército australiano.

Esta historia pretende simplemente servir como ejemplo de que los sistemas no sirven para enfrentar cual-

quier amenaza, y en la medida que se acierte en su elección nos aproximaremos a la SFD, tantas veces citada en este artículo.

Por querer...

Después del análisis de factores, uno puede preguntarse ¿y qué tiene que ver esto con la ambición? La respuesta es que solo el correcto conocimiento de las necesidades y limitaciones (*constraints and restraints*) a las que nos debemos enfrentar nos permitirá conservar las alas para levantar el vuelo. Sí, aunque parezca difícil, hay que ponerle puertas al campo. Así que me aventuraré a proponer que debemos poner unos límites para cada uno de los factores analizados para evitar que *por querer...*:

- Mejorar la calidad de la enseñanza, exijamos estudiar más de lo necesario.
- Ser muy operativos, descuidemos el mantenimiento.
- Ser demasiado exigentes con el personal, generemos frustración y desencanto.
- Tener sistemas demasiado capaces, no podamos enfrentarnos a nuestras amenazas reales.